El Romano

daniel bernardo grimberg

Image not found.

Capítulo 1

El Romano (por Daniel Bernardo Grimberg)

I

El Romano vio que las maderas llenas de hendiduras eran tan sólidas como una roca; esas construcciones servían para sembrar al asombro de los últimos tiempos, y reparar que no había bondad en Roma y ni siquiera atisbos de piedad, y que no haría variaciones en el uso de la violencia como el universal método de corrección, ya que las mansas y pacíficas tibiezas de pretendidos consensos, instaban al error. Frente a Numicius Marcus Donato, el Romano denunció que predominarían las mentiran si se retractaba de las ortodoxias guerreras.

- "Roma nunca fue débil, por eso ocupa Judea, y sus ejércitos acampan en las partes altas de las colinas que controlan los caminos. Y si bien ofrece elaborados tratados de paz, estos en verdad son convenciones baladíes, puesto que la ley y el buen juicio resultan siempre de la mera voluntad de los romanos", le dijo al escriba que se sentía especialmente afortunado por franquear a ese ilustre personaje.

Había que cumplir sus requisitos sin rechazos, ya que sus amonestaciones eran la deducción que hacía de la sabiduría ancestral, aunque en esa tierra se concentraban detractores y enemigos furibundos, que se valían de vilezas, manías, y desprecios, que chocaban de frente con las maravillosas revelaciones imperiales. El hombre que le hablaba, bien sabía que la candidez y el fraude iban de la mano. ¡Cómo Romano, nunca había dictado Sentencias que no fueran pertinentes, o qué no se remontaran a la raíz de los pleitos! La cuestión era llevar a puerto sus sabios propósitos.

Desdichado el hombre que no lo escuchaba, porque aprendería por las malas aquello que no tardaría en venir; frente a Numicius Marcus Donato, el Romano sostuvo que su autoridad era una medida incuestionable dentro de esas fronteras.

La administración romana decretó que la seguridad de la población quedaba pendiente debido a lo que sus sucios y obstinados hombres hacían. Esa gente no cesaba de mirarse al ombligo sin percibir la gravedad de sus desobediencias. Y a eso el Romano lo hizo anotar en la crónica que confeccionaba Donato, a la que en ningún momento
le infundió cordialidad. En ese texto se obligó a vincularse con esa gente,

determinando en cada intersección de las tintas cuales eran sus aberrantes actos sin precedentes. También a demostró que controlaba con firmeza esos territorios y desenterraba sus tesoros con solo desenrollar al mapa. Él era el símbolo de Roma o de la verdad que no era descifrable en los vocablos secretos que ellos usaban.

Le pidió al amanuense que evitara los amaneramientos intelectuales o cualquier puntuación que no sonara coercitiva. Debía anotar muertes infinitas en sucias repeticiones, y que la sangre corría con la misma circularidad con que lo hace el mar. A su voz de mando la extendía tanto sobre lo superficial como lo valioso de esas tierras, y marcaba la fecha de muerte de miles de rebeldes como la vital reafirmación de la confianza que Roma había depositado en él.

También aseguró (siguiendo a las constantes letras de Numicius Marcus Donato) que no podía echar puentes sobre abismos ni prometer protecciones gratuitas. Las multitudes nunca se presentaban con sumisión, y preferían morir antes de dejar que sus heridas cicatrizaran. La fuerza real siempre estuvo en las espadas, y era ingenuo quien creía otra cosa. Los que no aceptaban a Roma, era mejor que se arrojen desde los barrancos.

"Las alegrías y las penas en esencia son inevitables”, dijo el Romano vapuleando a sucesivas sombras con su capa, "pero aquí hay creencias atípicas y llenas de patetismo".

Le resultaba difícil concordar sus civilizadas opiniones con la religión de los judíos. Estos hacían intratables emprendimientos y por detrás de sus espaldas le deseaban la muerte, por lo que se había acostumbrado a ponerse en estado de alerta, incendiar villorrios en caso de que las sospechas fueran fuertes, y rodearse con compactas legiones durante las marchas por los tensos caminos.

Como ya le había dicho a segundo, Publius Cocceius, haría prevalecer los colosales propósitos de Roma con métodos iracundos, y le correspondía a Numicius Marcus Donato enlazar trabajosamente sus impresiones, con el objetivo de que ningún detalle quedase fuera del plano visible, y el informe llegase al senado de Roma antes de la innegable afluencia de infamias que sus enemigos estarían dispuestos en generar.

Recordaba al judío a quién se había dirigido, que se extenuaba debido a que llevaba prensadas sus manos (probablemente tenía disminuidas las propiedades mentales que le permitían evaluar los lugares por los que era acarreado). No estaba convencido acerca de esa realidad física, ya que según le señaló, su exclusiva preocupación era acerca de las suertes futuras de las almas. Sus recomendaciones morales eran exhortos de alguien que no entendía que era vivir la vida con la dignidad de un ciudadano romano. De acuerdo a lo que le explicó Publius Cocceius, ese

judío se trataba de un loco o al menos anhelaba cosas afines a la locura, lo que era cercano a decir que gozaba mezclándose con el fuego, o que no era un hombre corriente que en las noches se precipitaba en los sueños en forma asentida y ansiada. Hablaba con símbolos de los que Publius sentenció, salían de los desencantos de la inteligencia, o de la intuición, o de los "excepcionales agravios" que había sufrido su pueblo… o de la miserable estrechez de esos pasajes en que un dios se concebía como enemigo de otros dioses, y generaba una eterna estrategia vengativa que destruía a cualquier conato de paz. Este se revelaba en el vacío, y hacía que el populacho se rebele por contagiosas naderías.

Lo que ese hombre dijo no era suave ni acomodaticio, y no había que prestarle atención (tal vez sus urgentes metáforas se debían a la borrachera que era el único estadio los suficientemente abyecto y profundo que posibilitaba enseñar lo indemostrable).

Ese personaje fue uno del número que los soldados habían acumulado en una cantera de piedra, que tal vez habían caído en una estafa pura y perfecta que no pudieron refutar frente a la gama de escudados soldados con espadas prestas a cortarles el cuello. A diferencia de otros, se había enfrascado en una espiritualidad cuya orientación era indeterminada, pero lo animaba a hacer un examen de la humanidad que acompañaba con roncas plegarias.

-"Ese sujeto no es inocente: un judío no puede serlo", le explicó Publius Cocceius al Romano. Era un enemigo que en cualquier momento emergería del letargo y se convertiría en un rebelde; sus mismas prácticas los excluían de ser recuperable: se había atolondrado con superabundancias de veleidosas creencias. El Romano asintió y menospreció a ese individuo al que apenas consideró como un degustador de filosofías raras.

II

La gente de esa ciudad lo trataban con duplicidad, cómo si tuviera una condición ligeramente deforme, o hubiera algo grotesco en su naturaleza que nadie se atrevía a declarar a viva voz. Pero no entraban en conflictos directos porque querían preservar al gozo primario de respirar. El Romano le explicó a Numicius Marcus Donato, que él no sólo era el gobernador, sino también el Príncipe de los que acamparon en esas tierras, el fabricante de duras maquinarias de conquista, y el estratega de guerras exitosas… ¡sus acumuladas glorias y riquezas representaban a los esclarecidos objetivos de Roma cuyo mérito consistía en marchar sin tapujos al combate! Por lo que no toleraba ser visto como el forjador de blasfemias terribles.

Era tal el atrevimiento, que los judíos se negaban a reconocer su carácter infalible, y le adjudicaban ser una deshonrosa mezcla de hombre, animal,

y demonio. Lo juzgaban en forma particularmente ofensiva, pero lo hacían con disimulo y en aquellos espacios marginales en donde no subsistía la primacía de sus guarniciones. ¡La autoridad suprema, aún en su ciudad capital, tenía que ponerse a resguardo!

"¿Lo crees Numicius?: aunque me muestre como alguien honesto y desinteresado, me arrastran con sus odios… y no puedo hacer eruditas renovaciones de importantes temas, ni de aquello relacionado con los métodos jurisdiccionales".

El Romano quería que admiraran su conducción. No hurgaría en sus propiedades si rompieran lisa y llanamente con sus vergonzosas tradiciones… pero como eso no ocurría, debía confiscar sus depósitos de oro con la meta de que dejen de experimentar su perversa religiosidad. Numicius Marcus Donato dejó registrada a la noción de que alcanzar un grado de paz en el aquí y ahora, no sólo era lo adecuado siguiendo a prudentes razonamientos, sino también una propuesta que requería de reciprocidad.

Tenían que considerar al gobernador como la personificación de Roma que mantenía la estabilidad en la región, a la par de comprender que los romanos habían nacido para gobernar las naciones, y los judíos habían quedado atrapados dentro de la eclosión cartográfica de sus conquistas.

El Romano se sentó en la sala central de su residencia; hizo una pausa en sus escritos para analizar al origen y devenir de su patria, y con un sereno gimoteo proclamó que, gracias a Roma, el mundo se había vuelto único e inmutable. Infirió que lo que quedase fuera de los designios de esta, era una copia y hasta una falsificación de los que daban pábulo a estrafalarias creencias. Nadie debía apostar por abstractos e inservibles arquetipos religiosos, pero sí asustarse por los suplicios a que quedaban expuestos por hacer tal cosa.

Sus virtudes de gobernante eran constantemente puestas a prueba porque ese pueblo se negaba a aceptar al modelo imperial, por lo que no equiparó su gestión a la de un varón ecuánime. Se había cansado en prevenirlos pese a que no se arrimaban para escucharlo. Sólo a través del terror su corazón latía dichoso, y a eso no era necesario decirlo en arameo, egipcio, griego, o babilonio, bastaba con elevar los estandartes en inextricables campos de sangre, alzar las espadas, y convocar a sus hombres a matar hasta el agotamiento, devastar a ese país, y dejar escombros en remplazo de sus ciudades amuralladas. Entonces no cuestionarían a las condiciones dadas, y los que clamaban por ser regidos por las leyes de penosos antepasados, se internarán en sus infiérnales moradas.

El Romano le manifestó a Publius Cocceius que en ese punto no había que mostrar la más mínima vacilación. Había estudiado las cuestiones legales

de ese pueblo, e incluso desplegó cierta cuota de magnanimidad al permitir que algunos de su elite continuaran en cargos sacerdotales (fue un idiota al permitir que continuaran con las recónditas resonancias de sus cultos). Cerca de sus oídos se ubicaban consejeros que sostenían que los judíos estaban en contra de la historia de Roma, por ser agresivos contra los dioses de otros pueblos eran detestables.

El odio y las maledicencias en contra de la gran Metrópolis afloraban de manera particular en los desiertos que circundaban a sus valles y colinas. El sombrío y retraído populacho se resistía con demencias espantosas que lo haría revolcarse en convulsiones frente al hierro sanador; al Romano no le quedaba más remedio que obligarlos a que con sus sangres escribieran en los suelos la leyenda que les acababa de sobrevenir la hora de la muerte. Pero a los pocos que se acercaban sin blasfemar en contra de los dioses del Capitolio, les hablaba de las proporciones verdaderas y disciplinas, junto a las superiores normas de su patria. Los llamó con impasible elocuencia a ponerse al servicio del emperador, y le brindó detalles estéticos y reflexiones políticas, junto a la centelleante alegría de lo que significaba colocarse bajo la tutela de un gran Estado.

La mayoría de los judíos se habían habituado a clamar repetitivas estrofas (que nunca agotaban), a vanos pedidos con los que pretendían redefinir el dominio que tenían las legiones romanas sobre la región. Decretaban cuáles eran los cascos de sus ciudades y en donde comenzaban a reinar las piedras, mientras hacían atrevidos alardes de sus descontentos y oposición. Pero lo único que consiguieron con sus quejas fue que el dominio de Roma se torne implacable, sin treguas se apropie de sus territorios, y desarrolle una ilustrada intromisión en sus asuntos. La poco cordial respuesta que el emperador Tiberio daba a los revoltosos, consistía en el saqueo y la crucifixión; la única alternativa a obedecer, era plasmar un destino trágico.

El Romano presumió que su obra requería de mucha crueldad y su ejecución le resultaba fascinante. Los mercaderes, los terratenientes, los sacerdotes, debían saber que no era amigo de nadie (aunque si le daban minúsculas monedas de oro les concedería una serie de derechos). Se sentaba en su butaca desde temprano y exhibía un poder crudo y amenazador; se despejaba de convivialidad y sólo se conectaba en forma vívida y anhelante con los mensajeros de Roma (en esta, no se tenía como agradable a esa destinación militar; el lugar era insoportablemente rústico, y las conductas de sus habitantes eran truculentas o completamente atroces).

El Romano ya había destrozado una revuelta judía casa por casa, abocándose con afanosa contrición a destruir, cuestión que en la inmediatez le resultaba sucia, pero higiénica a largo plazo. A uno de los mensajeros le respondió que no sabía cuándo retornaría a la Metrópolis (es decir, cuando se apaciguaría la zona), aunque lo había

enunciado varias veces y lo repetía como un dogma poderoso. El recuerdo de Roma le daba brillo a esa prosaica región, y era natural invocarla cuando alrededor se percibía mucha hostilidad.

Publius Cocceius había preparado en la cantera a un pozo monumental (sin escaleras que dieran al exterior), que la constituyó en una prisión desnuda. Ahí acumuló a gente imposibilitada de ver a un horizonte amplio, porque la aspiración era que la visión y la ceguera pasaran a ser sinónimos. El delegado del Romano, después de haber dado a los capturados paternales recomendaciones con el fin de que se mantuvieran tranquilos, no les anticipó el advenimiento de sorpresivas catástrofes. Tuvo la destreza de prescindir de las reflexiones francas… lo que estaba en ciernes sería una lección práctica ya que el hartazgo del Romano por milagrosas retóricas se había hecho espeso.

Este había dialogado con sus soldados en desolados sectores de Jerusalén. Les dijo que era necesario hacer algunos desvíos con respecto al curso normal de la vida, y los convocó a retomar la guerra con espíritu heroico, sembrándoles la convicción que sus esfuerzos serían indisolubles de la descollante causa de la civilización. Tenían el apoyo de los dioses que los llenarían con bienes, y cuando salieran de ese territorio primitivo se transformarían en hombres legendarios. Además, les habló de Roma y sus festivales. Eso los complació; pensar en la magnífica ciudad era aplazar por algunos minutos a la terrible guerra y a ese extraño país lleno de ofensas desconocidas. Alcanzaban al vértigo de la felicidad con sólo dejar abierta la puerta de la imaginación.

El Romano hizo esta impetración pura: -"En las columnas de los templos de Roma los ciudadanos se suman en frescos refugios, y en las esquinas les sonríen las mujeres más hermosas". Era como si en la gran ciudad no existieran congojas ni algo deleznable, y hubiera tiempo de sobra para deleitarse en conversaciones por debajo de los caminos que transitaban los pájaros en el cielo.

No les mencionó a aquellos anacoretas cuyos ascetismos le asqueaban, y ni siquiera a los actos de guerrilleros que montaban en burros, y se escabullían en los montes con el fin de trastornar los mecanismos con que Roma ejercía control sobre la provincia. Estos procuraban corroer su organización militar apelando a intrépidas provocaciones. ¡Vindicaban a la irrealidad cuando se levantaban con armas hechas en herrerías clandestinas, con el agüero de que su fiero dios los aprobaba! Esos bárbaros barbudos gritaban groserías en contra de lo glorioso que Roma les ofrecía. Y al no aceptar que el reino estuviera en orden, no diligenciaban los debidos respetos a los representantes imperiales.

Una vez más, el Romano deploró la belicosidad de esa población. Al principio se había mostrado gentil, quiso alcanzar un status quo que evitase a la guerra. Ahora que los conocía a fondo, sabía que no los había

impresionado al exhibir el temple diplomático de su personalidad. Es más, eso les había originado la repulsiva impresión de que Roma era débil, y robustecieron a sus ciegos clamores con actitudes contenciosas. Se propusieron disolver al gobierno romano, echarlo de la región, y vivir según la desidia que les era típica.

Sin embargo, por algunos días, a ese disipado contexto el Romano ignoró, y apreció algunas amenidades del vivir. Se encontró con tribunos, a los que primero los agasajó y después les expuso los dilemas que lo ofuscaban. En Cesárea bebió en abundancia y aplacó sus ansiedades como si estuviera en la costa de Pompeya. Paseaba por los laberintos y simetrías de ese puerto que rezumaba las invencibles líneas arquitectónicas de Roma.

A la semana, regresó a Jerusalén para instalar a las nuevas legiones cuyos desfiles llenaron las calles con águilas romanas (durante esos actos no se hicieron cuantiosos los nativos que se enlistaron en una insincera adulación).

El Romano puso en marcha al drama facilitado por Publios Cocceius que no era el primero ni sería el último. Alegó la Autoridad que le concedió el Senado, que no consistía en el armado de ordinarias procesiones, sino en choques intempestivos de una incomparable fuerza militar. Y pronunció palabras de agradecimiento hacia los que le permitieron programar esas ofensivas labores, por haber sido fieles a sus promesas de mandarle legiones experimentadas. Con esas nuevas remisas de guerreros se adentraría en los rocosos desiertos con el fin de aniquilar la resistencia.

Ese planteo para contrarrestar eficazmente a la rebelión le había sido acercada por Cocceius unas semanas antes. Así acabaría con los miles de desvaríos que hacían esas gentes, que con encendidas teces mezclaban todo y lamentaban que no entendían nada. Decían ser condescendientes, y se trenzaban en indignaciones; a sus discursos los dotaban con negaciones e indiferencias, y luego se quedaban inmóviles frente a las terribles acusaciones que les caían encima.

El Romano entendía que la mejor administración de la justicia era cortar las lenguas de los mentirosos; había penetrado en sus mentalidades oscuras, y haría lo pertinaz para acabar de raíz la proclividad que tenía la gentuza de fermentar embustes. Construirá un símbolo sangriento que los exacerbaría con horripilantes emociones, que será una hipérbole que se extenderá hasta el fin de los tiempos; derribará a los valientes como el más exquisito método de honrar la cobardía.

Enfrente, el Templo tenía gigantescas torres, y del lado en el que no había edificaciones se veían olivos que entrecruzaban sus ramas. Los judíos rumoreaban que ahí el mal se detenía, aunque Publius Cocceius no podía evitar hacer una diferente descripción que no invitaba al goce de perderse

en esos malqueridos recintos.

Ese era el Templo de Jerusalén que modificaba al semblante del judío cuando traspasaba su inmenso pórtico, ahí era donde se multiplicaban las tramas de ese pueblo y sus rastreros argumentos de superioridad. Al Romano le había sido dicho que ese era un avispero que no convenía agitar, pero no encontraba sentido en quedarse quieto. Se sentía llamado a emprender una fastuosa acción.

III

Se había procedido a amontonar hombres a los que se les suprimió la libertad, pero no se los torturó, únicamente se los encerró en contra de los susurros que emanaban de sus voluntades. Estos encogían sus hombros mientras veían como los vientos aliados del cielo azul presionaban las pequeñas nubes a que se desmigajaran. Hubo coincidencias entre los judíos qué habían sido tirados al pozo, pero esa cercanía no los llevó a amigarse, sólo se instaron a creer que saldrían de ahí ilesos como el rasgo esperanzador que los alineaba en la espera. Unos clamaban por la llegada de un mesías nacional de acuerdo a las antiguas resonancias proféticas, otros, más circunspectos, repetían preceptos como el procedimiento que les daba un reposo dentro de sus sedentarias memorias. Se juramentaron no temer, pero en pocas horas olvidarían a esos vocablos nominales. A través de oraciones daban vida a la divinidad que los solemnizaba y hacía que sus corazones latieran con menor desesperación.

La ejecución se cumplió después de que fueron obligados a trasladarse por un parco camino, y perdieron de vista a las desperdigadas formas de la ciudad. El dolor les aplastaba los huesos. Los romanos los arrastraron a una colina de mortecinas piedras, cómo si se trataran de bestias de carga. Se habían convertido en intrincados seres cuyos cuerpos eran doblegados por cadenas de hierro que apretaban sus espaldas a ásperos troncos; sus sudores parecían barros que les retorcían sus facciones. Cuando llegaron al prefijado lugar, un soldado pregonó con majestuosidad a las Sentencias que conformaban al férreo plan de sus muertes. Desde ese punto, brindarían un sutil espectáculo a todos aquellos que peregrinasen a la “cuidad santa”.

Los aullidos de esos hombres se correspondieron con sus circunstancias. El pánico era avalado por las maledicentes figuras de los soldados romanos cuyas inmovilidades fueron el ritmo que tomó la maldad. Estos esperaban que queden atrás los palpitantes fragmentos de la noche, con el objeto de que ninguno de esos infelices fuera auxiliado y escapara de su suerte. El hábito de morir en un ambiente hospitalario, no se daría en esas personas que habían sido predestinadas por las contingencias.

El condenado con quién desde el exterior el pozo el Romano había intercambiado inconexas palabras, y que en algún momento había abrazado la idea de empobrecerse y purificarse, parecía ser un pensador, un hombre serio, y no un facineroso. Estaba abstraído cómo intentando invalidar esos atroces momentos; quería mudarse del mundo que lo había rodeado con graves impurezas. En la circunscripta geografía hecha de postes altos que chorreaban sangre, desplegó un fatigado desprecio hacia la muerte (o frente a ella no interpuso sensibilidades absurdas). Con un fervor legendario se entregó a ese prestigio imprevisto: había intercambiado voluntariamente la idea de vivir por la de acudir al cruce de la divinidad.

Desde el feroz inicio de esa campaña fue establecido que la razón para englobar a transeúntes y predicadores, era la creación de una siniestra cifra a través de la que se infiriría que Roma hacía lo que le daba la gana, y contradecirla equivalía a meterse en torbellinos de problemas de los que no se saldría jamás. Una vez más, se expedían ejemplos didácticos a través de la vigorosa práctica de los tormentos. Ese era un número mayor a mil hombres crucificados que componían una radical referencia para cualquier viajero.

El plan nunca alentó discusiones, y jamás existió la interferencia o mediación de una mujer romana con la intención de desarticularlo, o que en sueños hubiera sido testigo de una admonición en contra de continuar con ese asesinato masivo en la que había sido incluido un joven maestro que celebraba a la muerte como el ansiado tránsito a la eternidad. (Los ojos de esta no se aguaron con compasión ya que su alma jamás se conectó con este último). Esa mujer no permaneció en la ciudad, sino que fue hasta una granja en donde se refugió de esas tétricas cuestiones políticas, y del cerril patriotismo que estaba muy arraigado en el espíritu de su esposo.

Las crucifixiones fueron llevadas a cabo con desapacible publicidad, y los cadáveres que demostraban fantásticos desgarros no fueron retirados de sus rígidos encumbramientos, sino que fueron dejados a merced de las aves y bestias remotas que se maravillaron por tal festín.

¿Cómo fue instaurada esa matanza?: los soldados habían salido de sus barracas con el objetivo de atrapar a quienes, dentro de márgenes dictados por lo aleatorio, se toparon con sus caminos. A algunos los arrestaron cuando arreciaban con sus labores diarias, y les dieron esperanzas que no les harían daño (se trataban de singulares pesquisas que no reunían gravedad), y luego volverían con sus esposas e hijos.

Decir que eso fue un embrollo al que el Romano no le quedó más opción que dejar pasar, sería una falta de respeto a Roma que, cómo ama del Mediterráneo, había adquirido el derecho de destruir pueblos enteros o saquearlos a placer. Más apropiado es sostener que esa fue una ajetreada

jornada en la que nada fue librado a la casualidad, y en la que se procuró que hubiera el más alto número de ejecuciones posibles.

Se recurrió a la trastornada dramatización de la Cruz, al aterrador espectáculo al que no había que redondear con notas explicativas.

A partir de ahí, los romanos detectarían cualquier rebelión en Jerusalén sin que les fuera requerido un especial grado de perspicacia. Los hombres que se indispusieron a marchar a lóbregos desiertos le confesarían a lo inapropiado que se tramaba en las fervorosas profundidades de la noche. ¿Acaso ellos querrían hacer esos mismos agotadores recorridos cuya meta era rematarlos en los aires dentro de un paisaje yermo?

Con entereza y fe cívica, el Romano se apostó en el campo de crucifixión, pese a las simplificadoras opiniones de Publius Cocceius, quien no estuvo de acuerdo en que su jefe plantara sus pies en ese centro gemebundo (en verdad, temió haber cometido negligencias, o que este le reclamase por algo que se le habría escapado de las manos). Y como máxima autoridad de Judea ordenó que fueran numerados los pilotes en donde los flácidos cuerpos colgaban, con dígitos que servían de cabal confirmación que ese trabajo no fue un atolondramiento, sino que tuvo un consistente designio que se cumplió en tiempo y forma.

Fue un día negro, cuya mecánica fue anterior a cualquier bribonada a la que se habrían de ocupar los reos, ya que, aunque no habían efectuado gran cosa, sus impulsos contrarios a Roma los hubieran empujado a intolerables actos de traición. Debido a que eran potenciales enemigos, nadie se asignó la labor de estipular cuales eran sus culpas.

"No existe tal cosa como autorizar lo ilícito", le dijo el Romano a su subalterno, reivindicando a la naturaleza moral de ese exterminio que reparaba a su orgullo y ambición.

Asimismo, parafraseó a un autor latino que había puesto su fuerza creativa a favor de Roma. Y se comprometió a recitar algunos de esos morbosos detalles a Numicius Marcus Donato, recién después que se le disipase el tedio. Se había cansado de ese circo, y no conservaba al entusiasmo que lo impulsó a supervisar las tareas.

El Romano observó por última vez a los cientos de cuerpos saturados con candentes rojos; algunos estaban inflamados, corridos hacía una posición arbitraria, y otros aún se movían y presentaban espasmos incontrolables. Frente a Publius Coccieus se jactó de no haber perdido el tiempo y que a sus preferencias las situaba dentro de lo desaforado.

Antes de irse le llegó un eco del lado bajo de la colina; era la voz de aquel que había abogado por la conversión del mundo, y decía morir por la

gente a la que invitaba que contemple el infectado grosor de sus heridas. Hablaba de habitaciones disponibles en la casa de su padre en donde nadie despertaba con preocupaciones. Pretendía que las cosas volverían a ser buenas cómo fueron y los buenos se integrarían al reino celestial.

Al Romano el ahogado (y colérico) monólogo de ese moribundo le resultó perturbador, y se desvió de esa hediondez soltando rencorosos murmullos que expresaban que aquello no era más que otra exageración judía. Más adelante se enteró que ese hombre (con quien había canjeado borrosas palabras en el momento de su captura) murió en la víspera del siguiente amanecer.

Fin